

## Capítulo

# 1

## Viaje nocturno

*Viernes, 20 de julio, 200*

1

ra la segunda vez que Ben viajaba en el viejo Chevrolet de abuelo. El trayecto hasta su casa podía llevarles veinticinco minutos, o quizás más; suficiente para sentirse aterrado.

Emergiendo del asiento delantero, sus abuelos eran dos siluetas oscuras balanceándose rítmicamente en una coreografía hipnótica. La de Ralph, armonizando con el tamaño del coche: una espalda inmensa de hombros rectos, el cuello estirado y la cabeza casi tocando el techo. Las líneas que definían la versión plana de su cuerpo eran rígidas, y aunque Ben no podía ver su rostro, sabía que su expresión era fría como el agua estancada en un pozo profundo. El cuerpo de Debbie, en cambio, asomaba tímidamente por encima del asiento de una sola pieza. Su cabeza estaba delimitada por cables eléctricos que adquirirían una tonalidad azulada en presencia de poca luz de las farolas en el exterior.

Ben se sintió agradecido de poder entretenerse con detalles que le interesaban particularmente, pero que constituían una manera efectiva de consumir el tiempo. El espacio interior del coche siempre había maravillado; sin embargo, era ahora la atmósfera allí dentro la que captó su atención. No era precisamente desagradable, pero el resultado de años de corrosión de la carrocería y el cuero g

o de los tapizados. Por debajo de éstos había un olor ligeramente ácido —algo enmohecido que Ben no supo identificar— aunque puso que las manchas color café en la tela que recubría el techo podrían ser las responsables.

El Chevrolet viró hacia la izquierda. La silueta de Ralph se inclinó hacia Debbie y luego se enderezó. Ben albergó la ilusión de ver la calle Madison y luego la entrada particular de su casa, pero no reconoció ni lo uno ni lo otro. Ni siquiera reconoció el sitio en que se había parado. Hasta ese momento había encontrado formas efectivas de lidiar con el mundo, pero no sabía por cuánto tiempo más podría hacerlo. Con el raballo de su ojo izquierdo podía advertir el constante movimiento basculante que tanto temía.

*Adelante atrás adelante atrás adelante atrás adelante atrás.*

Se volvió. No supo exactamente por qué. La visión de Marcia en su espalda curvada y el cabello corto y acampanado pegado a la cabeza, hizo que de inmediato volviera la vista al asiento delante de él. ¿Su tía seguía allí, lógicamente! ¡No tenía sentido echar un vistazo a la tía cinco minutos para cerciorarse de algo tan obvio!

Interpuso su mochila de pana entre su cuerpo y el de su tía, y se dijo que hasta ese momento había mantenido la mejor relación con la tía de Marcia, y que no había ninguna razón para que tal cosa cambiara. Se obligó a observar por la ventanilla.

Los sentimientos hacia Marcia lo avergonzaban y apesadumbraban profundamente. Si bien había esperado que con el transcurso del tiempo se desvanecieran, lo cierto es que tal cosa no había ocurrido. Ni siquiera en una medida ínfima. No tenía sentido enojarse. Las explicaciones acerca del autismo fueron adquiriendo por él mayor sentido a medida que crecía, e incluso Robert, su padre, había hablado muchas veces de lo especial que era su hermana mayor y de cómo a veces percibía el mundo de un modo *diferente*. Sin embargo, ninguna de sus explicaciones habían hecho que Ben aprendiera a sentir temor cuando estaba cerca de Marcia. Tenerla en su proximidad era suficiente para que sus conocimientos de libro cobrasen vida y parecieran en un abrir y cerrar de ojos, y renaciera un miedo visiblemente inexplicable. Él sabía cómo reaccionaba ella ante la cosa más insignificante; sólo pensar en ello era suficiente para que un sudor frío le surcara la frente. Era como caminar a tientas en una habitación

bleta de gases inflamables, en la que basta el más mínimo tropiezo para que la atmósfera apacible sea reemplazada por la más virulenta de las explosiones.

Ni siquiera algo tan simple como mirarla a los ojos era sencillo; aunque Marcia no fijaba la vista en los rostros de las personas nunca. Se limitaba a dejar vagar la mirada a su alrededor, sin detenerse en nada en particular. Sus ojos eran dos esferas gigantes, estos, guardianes de una nariz minúscula que marcaba el nacimiento de dos líneas que se extendían hasta las comisuras de sus labios. Los años habían hecho que una cantidad considerable de arrugas parcelaran su rostro, convirtiéndolo gradualmente en el de *E.T.*

Ben era probablemente el único niño del mundo que no sentía demasiada simpatía por el extraterrestre de Spielberg.

Pero pensar en Marcia no ayudaba en absoluto. Apenas había comido un par de manzanas y Ben sentía que la atmósfera dentro del coche se tornaba opresiva. Decidió que debía concentrar su atención en *cualquier otra cosa*, y las manchas color café en el techo fueron las primeras que acudieron a su mente. Alzó la vista, y fue entonces cuando Marcia gritó por primera vez. Fue un grito desolador, que hizo que Ben diera un respingo y que su corazón iniciara una serie de espasmos violentos.

Había oído a su tía proferir gritos anteriormente, pero lo inesperado de éste hizo que instintivamente se aferrara a la portezuela de la Chevrolet como si quisiera fusionarse con ella. No pudo evitar moverse, para descubrir el cuello de Marcia convertido en un conjunto de cuerdas tensas. El grito se había apagado, pero el eco aullante reverberaba dentro de su cabeza.

Su tía dejó de balancearse. Una pésima señal.

La silueta de Debbie se alzó por encima del asiento, y al verse se dibujó en su rostro una expresión de preocupación. Se inclinó en dirección a Marcia lo máximo que pudo —que no fue mucho— y extendió sus brazos delgados hasta enlazar con uno de los brazos el cuello de su hija, para con la mano libre acariciar su rostro. Los ojos de Marcia viajaron perdidos otra vez. Su respiración se regularizó, y lo mismo ocurrió con la de Ben, que lentamente soltó la portezuela.

Debbie volvió a su posición anterior al cabo de un par de minutos, y Marcia retomó su balanceo característico. Ralph siguió coqueando sin inmutarse, como si nada hubiese ocurrido.

Ben no tenía idea de qué le había hecho a Marcia gritar de esa sorprendente forma. Su padre solía decir que había algo en la interfaz entre Marcia y el mundo que no funcionaba correctamente. Su tía podía hacer funcionar como lo acababa de hacer por una simple flor o la textura de un objeto más normal del mundo. Aquel alarido podría haber sido una reacción *lógica* ante un insecto o un vehículo que los sobrepasara con sus luces traseras encendidas. Quién sabe.

Debbie habló con voz suave desde el asiento delantero:

—Ben, coloca la mochila a tus pies, por favor. Quizás sea esa la que incomoda a Marcia.

Ben se apresuró a hacerlo. Sabía que ciertas texturas podían inquietar a su tía de un modo misterioso. Interponer la mochila entre ellos había sido una total estupidez. En silencio, la ocultó entre sus piernas.

Pero lo cierto es que o bien la mochila no había sido la causa del ataque de Marcia, o el hecho de tenerla alejada no sirvió de mucho, porque apenas habían transcurrido unos minutos cuando Ben sintió una mano arácnida aferrándose a su brazo izquierdo. O cuando su corazón se aceleró y tuvo que hacer acopio de valor para volver a ponerse...

Cuando vio a su tía, fue él quien estuvo a punto de gritar.

Los ojos de Marcia estaban fijos en los suyos: dos círculos móviles como nunca antes los había visto.

*E.T... teléfono... casa.*

Tiró de su brazo con violencia, arrancándolo de la mano por encima de su tía.

No podía moverse. La inusitada actitud hizo que sus articulaciones se congelaran. Ella había dejado de balancearse, lo que llamado a la quietud de sus ojos, la hizo parecer por un instante *normal*.

Ben permaneció expectante, como un animal agazapado a la espera de la partida de algún predador. Marcia finalmente retrocedió..., sus ojos regresaron a su habitual actitud viajera y reapareció su vaivén característico. Esto tenía que haber sido suficiente para que

no se tranquilizara, pero no fue así. Demasiados sobresaltos juntos quisiera el hecho de apartar la vista le parecía ahora una buena idea. No señor. Si aquella mano iba a posarse de nuevo sobre su brazo..., prefería verla.

Mantuvo la vista fija en el asiento delantero, resignado, pero atento a lo que sucedía a su lado.

Fue al cabo de unos minutos cuando Marcia arremetió con una segunda batería de gritos.

Esta vez, Ben sintió pánico y, de nuevo, la necesidad de aferrarse a la portezuela, pero también lo embargó la sensación de haber alcanzado cierto límite interior de tolerancia. Mientras los gritos de Marcia brotaban de lo más profundo de sus entrañas hasta niveles sordecadores, repasó los incidentes del día, y cada uno de sus pensamientos fue subrayado por aquellos chillidos agudos e inhóspitos.

Debbie se volvió otra vez, pero en esta ocasión sus intentos por calmar a su hija no resultaron efectivos. Fueron segundos que se le antojaron eternos. El episodio adquirió las características de un sueño en el que el tiempo se estira infinitamente. La silueta de Ralph, enorme y negra, ajena; Debbie procurando tranquilizar a Marcia pero sin éxito. Era imposible saber qué pasaba por la cabeza de la tía, pensó Ben, pero debía de ser algo horrible para ella.

Por primera vez, Ralph pareció hacerse eco de la situación. Volvió su rostro imperceptiblemente hacia la derecha, todavía sin apartar la atención de la carretera. El ángulo en el que se encontraba permitió a Ben advertir la tez bronceada y curtida de su abuelo, y todo en que decenas de arrugas nacieron en su entrecejo y se extendieron por su frente como fuegos de artificio. Debbie también advirtió que su marido la observaba, lo que provocó que de inmediato sus movimientos se volvieran torpes y un evidente nerviosismo se apoderó de ella.

Las cosas estaban a punto de empeorar, pensó Ben con resignación. Él podía sentirse incómodo ante la presencia de Marcia —pero incluso sentirse aterrado cuando ella gritaba—, pero tratándose de su abuelo todo era mucho peor. El miedo que Ben sentía por Ralph para empezar, tenía una cualidad inexplicable. Su abuelo no era así ni tenía problemas para comprender el mundo. Ralph Green

erdo; y el miedo reverencial que Ben sentía por él se debía a una mezcla de experiencias diversas. Incluso un niño de nueve años podía advertir el poco interés que Ralph sentía por su único nieto. Sin embargo, habían sido las reacciones de otras personas, como Debbie o Robert, las que habían sido determinantes a la hora de hacer una idea completa del tipo de persona que era su abuelo; un individuo irascible y violento, taciturno e intolerante hasta el hartazgo. Todo aquel que se acercaba a él podía dar por sentado que sus movimientos estaban siendo escrutados de cerca.

Ralph no aceptaba que las cosas no se hicieran a su modo.

Fue entonces cuando el Chevrolet se detuvo con una sacudida. Debbie instantáneamente se replegó, apartando sus manos del rostro de Marcia, que seguía lanzando chillidos agudos. Todo su cuerpo estaba en ebullición, como un cohete a punto de despegar.

Ralph se volvió, y su rostro tenía el aspecto cansado de alguien que no ha dormido en días. Debbie abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo; en su lugar dirigió una mirada rápida a Ben, dio media vuelta y permaneció en silencio, con la vista fija en el frente. Ralph se inclinó por encima del asiento delantero y su cabeza tocó el techo del Chevrolet. Ben tembló ante aquella montaña humana que eclipsaba la luz de una farola que se filtraba por el parabrisas delante.

Ralph lanzó dos golpes fulminantes en dirección a Marcia.

El primero la alcanzó en la sien derecha e hizo que su cabeza se revolviera. El segundo impactó de lleno en su rostro, produciendo un chasquido seco y aterrador, como el de una rama al quebrarse.

Más tarde, Ben reconocería que fue en ese instante cuando ciertas determinaciones tomaron forma dentro de su cabeza. Era cierto que se sentía aterrado cuando su tía gritaba, y que apenas podía mantener la compostura cuando estaba cerca de ella, pero se odiaba a sí mismo por ello. A su modo, la amaba. No había en ella un solo gramo de crueldad. Ni uno solo. No podía imaginar una sola razón que justificara el modo en que Ralph se había comportado. Difícilmente podía quitarse de la cabeza la imagen del rostro de Marcia al recibir el primer golpe, deformándose ante la presión implacable de la mano de su padre.

Cuando Marcia dejó de gritar, probablemente a causa de la conmoción, el silencio fue sepulcral.

Ralph adoptó nuevamente su posición de conductor, como un sapiente que ha surgido de su cueva a la velocidad de un rayo para capturar su cena y regresa a ella victoriosa.

Debbie sollozaba cuando el Chevrolet rugió y se puso en movimiento otra vez.

Ben, que definitivamente creyó haber sobrepasado cierto límite interior, se recostó en su asiento y dejó caer la cabeza de la que mientras lágrimas tibias humedecían sus mejillas.

Incapaz de hacer otra cosa, repasó los incidentes de ese día.

## 2

Se lanzaba sacudiendo una revista enrollada, blandiéndola como un látigo.

¿Cuál era el propósito de llevarla consigo?

Desde que salió de su casa, entrecerrando los ojos para atenuar el sol de la tarde, no había hecho otra cosa que agitar la revista hacia los lados. Era lo que cabría esperarse de un niño de su edad: pantalones cortos y una camiseta de *La guerra de las galaxias*, corriendo con paso alegre y despreocupado, como quien va silbando una canción. Sólo que él no sabía silbar. Ben no desentonaba en absoluto en Carnival Falls, una ciudad pequeña cuyo nombre aparecía en la tienda con trazo ligeramente más grueso que el resto de los pueblos cercanos, pero sólo lo suficiente como para que sus habitantes se desplazaran con indiferencia; los hombres arrastrando los pies y las mujeres empujando los carros de la compra con pesadez. ¿A quién le importaba la revista?

A nadie.

Si necesitaba una revista, o lo que fuera, para sentirse un poco mejor, estaba bien que la llevara consigo, y si agitarla como la jodida espada de Damocles lo ayudaba, también estaba bien. A la mierda con la voz de su conciencia y su regimiento de reproches. La conocía bien. Sabía que podía iniciar su ataque con algo simple como una revista, pero ése sería el inicio, claro... La voz no era estúpida. Si se le daba el rollo de lleno y le decía las cosas importantes de buena manera, él la alejaría y se negaría a seguir hablando con ella. La voz